

El Peruano / Lima, viernes 13 de setiembre de 2002

# Patrimonio olvidado

Alejado de las galerías, del circuito artístico y artesanal, y restableciéndose de una hemiplejía, Jesús Urbano sigue construyendo altares al taita y al santoral. Gran maestro retablista del Perú y declarado recientemente por el INC como Patrimonio Cultural Vivo de la Nación, Urbano necesita el apoyo de las autoridades culturales del país.

## MARTÍN VARGAS

Foto: Jorge Paz

Las ratas se comían a tus santos y ganado de papa. Por más que los protegías en cajas de leche ENCI y los colocabas en lo más alto de un tembleque estante, los roedores se tragaban tu talento.

Era la época en que trabajabas como cargador de frutas y buscabas albergue en la casa de algún paisano ayacuchano. Varios años pasaste así hasta que los apus fueron benignos y te mandaron al hombre de la marginal y los mapas.

Sí, el mismísimo arquitecto Belaunde te eligió para representar al Perú en el mundial de artesanía en China, en 1964, el cual ganaste no obstante el temor y —siempre los has admitido— tus múltiples complejos. Las clases que recibiste del patriarca Joaquín López Antay cosecharon así los primeros aplausos.

De esas escuchaste bastante y

durante largo tiempo, pero ahora esas manos que palmotearon tu espalda y esas voces que te dijeron que eras el más grande ya no están más.

Hace un buen tiempo que nadie se acuerda de ti y de tu fiel esposa Genoveva. Algunos ni siquiera saben quién es ese caballero cobrizo, de manotas dóciles y de ojos achinados que se hace llamar Jesús Urbano.

Para nada parecen servirte los elogios de antaño y las medallas que cuelgan de tu saco añil. Y eso lo sabes bien, lo viviste en carne propia hace un año, cuando unos médicos incapaces te regresaron a tu casa, a pesar de presentar los síntomas previos a un derrame cerebral.

Lo demás es historia. Te sobrevino el derrame y una hemiplejía te impidió seguir creando. “Por qué a mi mano derecha”, te lamentas. Hubieses preferido mil veces que la mano adormecida sea la zurda y



■ Cuando las medallas y los diplomas no alcanzan

no la que te permite amasar y diseñar tu cosmos liliputiense. Ese mundo de zorros hambrientos, vírgenes que no lloran, santos barbudos y rollizos campesinos.

Hablas sobre tu vida y “tragedia” es la mejor palabra que sirve para calificarla: 18 años en el magisterio y hasta ahora no recibes el cheque de pensionista. Premios y distinciones internacionales, pero ni un cobre en tu cuenta de ahorros, sólo fotos, recortes periodísticos y más fotos en un amarillento

sobre manila que guarda lo único que te dio la Patria: un reconocimiento con el que no es posible comer.

Tu nombre figura en las antologías realizadas sobre maestros retablistas. Pablo Macera escribió un libro sobre tu vida, la Decana de América te dio el grado de doctor honoris causa en 1998, pero a nadie parece importarle si quedas ciego o si hay un pan sobre tu mesa.

Seguro van a esperar que te reúnas en el cielo con el hijo que

te mató Sendero para darte un homenaje y poner en las ajadas manos de Genoveva otra medalla, que seguro coserá prolijamente en ese saquito azul marino que sólo te pones para las fotos.

Mientras tanto, sigues en la cima de un cerro en Huampaní, mirando el río Rímac, cuidando al par de palomas que no se quieren ir de tu casa y, claro, aunque la mano tiembla, llenando los cajones de San Marcos con más recuerdos y fantasías con aroma de eucalipto.